

POESÍAS de Emily Dickinson

Emily Dickinson es ciertamente un caso aparte en la historia de la literatura. Nació en Amherst, Massachussets, en 1830, en el anonimato de una comunidad puritana como todas las de Nueva Inglaterra, y salvo un breve viaje a Filadelfia apenas se movió de su pequeña ciudad. Era poco atractiva y media poco más de metro y medio, por lo que su cama, que aún se conserva en su casa museo de Amherst, no es más grande que la cama de un niño. “Soy pequeña como el gorrión y mi pelo es tan puntiagudo como el erizo del castaño. Y mis ojos son como el jerez que el invitado deja en la copa”. Llevó una vida totalmente retirada y solitaria, consagrada al cuidado de sus padres y a la escritura de sus breves poemas que hasta 1882 no se decidió a dar a conocer a un crítico profesional. A la vista de su acogida desfavorable la poeta volvió a refugiarse en su anonimato, aunque nunca dejara de escribir. Es más, siguió haciéndolo sin descanso, durante toda su vida. Emily Dickinson garabateaba los primeros borradores de sus poemas, casi siempre a lápiz, y en cualquier cosa que tuviera a mano, reversos de sobres, trozos de rollo de cocina, o papel de regalo, mientras realizaba las labores domésticas. Y luego, por la noche, en su escritorio llevaba a cabo una minuciosa labor de revisión de lo que había escrito mientras cocinaba, ayudaba a su madre inválida a pasear por el jardín o cuidaba las plantas del invernadero que su padre había construido para ella y que era el lugar favorito en su casa. Se enamoró al menos tres veces. De un estudiante, que trabajaba en el despacho de abogado de su padre, y que moriría muy pronto, de un distinguido clérigo casado, que la sacaba cerca de veinte años y que quizás abandonase América por su causa, y de un juez viudo que también la doblaba la edad. Con ninguno de ellos pareció llegar a nada, en el terreno físico, de modo que sus biógrafos suelen considerar estos amores arrebatados e intensos poco más que una excusa para expresar su peculiar erotismo, hecho por igual, como toda su poesía, de candor y perversidad: “Mi Dios, deja que sea yo / la más enamorada, / cuanto más cerca de ti me tuvieras / más te olvidaría yo”.

Su hermana se encontró a su muerte sus poemas, pulcramente ordenados y cosidos en cuadernos, en el interior de un baúl, y su primer libro se publicaría cuatro años después de su muerte. Desde entonces Emily Dickinson no han dejado de sorprender a sus lectores, lo que no es nada extraño pues su poesía no se parece a ninguna otra. Ese es uno de sus misterios. La solterona que apenas salía de casa, que rehuía las visitas, que acostumbraba a vestirse de blanco y se mostraba aparentemente sumisa ante los designios del mundo, fue

escribiendo a lo largo de su vida una obra heterodoxa, tanto en su forma como en la intensidad de su emoción, que combina con singular atrevimiento la trascendencia con la coquetería, la inocencia con la malicia, y la angustia con los raptos de felicidad. Como si hubiera llevado a espaldas de todos una vida que nada tuviera que ver con aquella que la atribuían, de la que sus poemas fueran su diario secreto. O dicho de otra forma, la poesía de Emily Dickinson es el otro nombre de la fascinación, es decir, lo opuesto a los actos fracasados. Tal vez por eso raras veces se lamenta de su suerte, y la impresión que produce es la de una mujer que siempre tiene cosas que hacer, y que las hace con cuidado y gusto extremo, como si eso fuera precisamente su tarea en el mundo. “Perdón por mi cordura en un mundo demente”, escribió en una carta, como dando a entender que pasión y claridad intelectual debían ir de la mano, y que hasta las cosas más ordinarias podían dejar de serlo al transformarse en objetos de amor. Pero no hay que confundir por eso cordura con sentido común. Ser razonable, para ella, es encontrar en el objeto, en la situación, el espíritu que lo hace ser lo que es. O dicho de otra forma, la facultad de ver lo que las cosas son de verdad. Por eso su cordura siempre linda con lo inesperado, y por eso su poesía nos provoca una mezcla de familiaridad y extrañeza, haciéndonos comprender cuanto de extraordinario puede haber en el hecho de existir. Algo así como si viéramos a nuestra vecina de toda la vida, cómo tras barrer el porche de su casa, continua con toda naturalidad por el tejado y por la azotea. Eso es la poesía de Emily Dickinson, llenar lo ordinario de pensamientos inquietos, andar metida en asuntos peligrosos sin necesidad de dar la espalda a lo más común. Es decir, hacer de nuestra casa una morada, como pedía santa Teresa a sus monjas. Una casa en la sombra, eso es la poesía para Emily Dickinson, que sin duda habría encantado a la santa por su escasa disposición a la melancolía. En una de sus cartas afirma: “Un agujero en la tumba convierte el terrible dormitorio en un hogar”. Emily Dickinson incluso cuando habla de la muerte sabe escapar de la gravedad, y su arma para conseguirlo es la ironía, que es esa facultad que la permite tolerar, al menos sin excesiva angustia, las contradicciones. Hablar con Dios, aunque no crea en él, concebir el poema como una carta que no será contestada jamás, de la muerte como una aventura, y del amor como el reino de la metamorfosis. La poesía de Emily Dickinson esta llena de estos contrastes desconcertantes. No rehuye la angustia, ni la desesperación, pero siempre se las arregla para dejar un resquicio a la alegría, que es el otro nombre de la esperanza. Habla del privilegio de morir, y compara al alma con un vestido que tenemos que devolver, dice que las cartas verdaderas no tienen palabras, que la pasión es inseparable del éxtasis, que la naturaleza es una casa encantada y que el paraíso

es poder elegir. Que vida y muerte no están separadas, sino que cada una es la llave de la otra.

Y habla, sobre todo, de la gracia. Puede que, con el tema de la muerte, sea precisamente este el gran tema de su poesía. La gracia que es inseparable de la naturaleza. “Lo sobrenatural, escribió, es solo lo natural al descubierto”. La gracia que tiene que ver con la gratuidad pero también con el encanto que emana de las cosas y de los seres vivos. “Hoy estoy sola, sin mis pájaros, porque llueve mucho y los pequeños poetas no tienen paraguas”, escribe lamentando la ausencia de ese hechizo que hace que encanto, misericordia, lealtad y piedad se lleguen a confundir. Por eso se vuelve hacia su jardín, y observa las telarañas, las colmenas, los nidos, las pequeñas guaridas de los animales. Ella sabe que la construcción de esos espacios minúsculos es una tarea oculta, misteriosa y real, que se confunde con la escritura de un poema. “La más bella casa nunca vista / se construyó en una hora, / gracias a un equipo que yo conocía bien: / una araña, una flor, / varias ventanas de encajes / y paredes de humo y seda”. El poema quiere ser una casa hecha con ventanas de humo y seda, y surgir como un don oscuro y secreto. “Ya ves que mi vida es la sombra”, anota en otro de sus poemas. Por eso le obsesiona lo pequeño, los pájaros, las arañas, las abejas, las mariposas, las flores. “Son mis mejores amigos / aquellos que no hablan” Quiere vivir en el límite de la invisibilidad, siempre pendiente de ese lado desconocido del mundo. “He estado enferma desde setiembre, escribe en una de sus cartas, y a partir de abril continuó al cuidado de un médico. No me permite viajar y, sin embargo, yo sigo trabajando en mi celda y atendiendo a mis propios invitados”. Es decir, para Emily Dickinson la casa lejos de ser un lugar de seguridad es un ámbito de exposición y riesgo. Recibe misteriosas visitas, hace tratos, intercambia palabras y promesas. En realidad, está tan ocupada que apenas tiene tiempo para dormir. Y la prueba son sus poemas. Basta con leerlos con un poco de atención para darse cuenta de que en realidad Emily Dickinson, como el niño de *El sexto sentido*, la película de M. Nigh Shyamalan, ve a los muertos. Recibe sus mensajes y cumple sus encargos. La poesía es ese diálogo secreto con los que no están. El poeta elige el no ser, y su miedo se confunde con el miedo de los niños, cuyas habitaciones siempre están llenas de sombras peligrosas. “Vivo con un miedo que no puedo contar a nadie, / Por eso canto como canta el niño al pasar junto al cementerio”. La poesía mantiene a distancia esas sombras. Se asoma a los hechos del mundo como enigmas, como realidades no consumadas, pero nos entrega las palabras que necesitamos para no caer en la locura y rescatar de la muerte lo más soñado, la eternidad misma. Esa voluntad de rescate se expresa en uno de sus poemas más hondos y misteriosos. “No se lo he dicho al jardín, / no vaya a seducirme ahora / cuando

ni aliento tengo / para contarle a la abeja. // Ni lo diré en la calle, / no vayan las tiendas a pensar / que una personilla boba y mediocre como yo / tenga la descortesía de morir. // Los campos que me han visto pasar, / ni los bosques que amo, / tampoco tienen que enterarse/ del día en que me vaya. // No lo comentaré en la mesa / y ni siquiera por descuido / insinuaré la clave del misterio / de por qué iré de paseo, hoy”. Porque la muerte no es un fin en sí mismo. Es el espacio de la aventura, y la aventura siempre tiene que ver con el deseo ser otro, de estar en otro lugar. El poeta es alguien siempre alerta, absolutamente resuelto, para quien no existen cosas imposibles. Alguien, en suma, que es puro en su humanidad. Y la pureza no tiene nada que ver con la inocencia, reivindica el reino de la posibilidad. Tal vez por eso no es fácil entender hoy a Emily Dickinson, y me atrevo a afirmar que no se la lee bien. A nuestra época, como escribió Flannery O’Connor la define un aumento de la sensibilidad pero una pérdida de visión, y Emily Dickinson es una de las últimas poetas visionarias. Por eso sus poemas no pueden explicarse y, a pesar de su brevedad, se despliegan en nuestro pensamiento como pequeños mundos insondables.

Tampoco la importó el éxito. “Mi vida de ermitaña es mucho más segura”, escribió. Emily Dickinson no buscó el reconocimiento de nadie y salvo aquella media docena de poemas que envió a Thomas W. Higginson, y que éste rechazó cortésmente, nunca más volvió a enseñar sus poemas. Aunque tampoco dudara de su valor, y esta es la razón de que nunca dejara de escribir. “Una palabra muere cuando es dicha, / alguien dice. / Yo digo que justo empieza a vivir / aquel día”. Emily Dickinson, que había afirmado que la naturaleza es una casa encantada, siempre deseó que sus pensamientos y sus palabras pudieran confundirse con las abejas y las flores de su jardín. Escribía para ser real, pero tuvo que ocuparse de los muertos. No la importó hacerlo. Ella siempre pensó que se trataba de la misma tarea.

Nota. La traducción de los poemas de E. Dickinson es de Nuria Amat. De su libro *Amor infiel*, recién editado por Losada.